

Julio Cole Bowles

ENTRE PASADO Y PRESENTE: MEMORIAS DE UN LASALLISTA ERRANTE

I

Don Pedro Rivero Mercado, el gran periodista cruceño, también era un poeta de no pocos quilates. Una vez tuve el placer de oírle declamar un hermoso poema titulado “Santa Cruz de antaño”, cuya primera estrofa iba más o menos así:

*¡Santa Cruz de antaño!
Yo conocí esa ciudad,
Y no era fea ...
Tenía nomás su estampa ...*

Pues yo también conocí esa ciudad, y coincidí con Don Pedro en que no era fea. Efectivamente, tenía buena estampa. La ciudad que conocemos ahora tampoco es fea, pero casi no se parece en nada a la que conocí en mi infancia y he sido testigo, desde cerca y a veces desde lejos, de esa transición. De eso quiero escribir en este ensayo.

II

Llegué a Santa Cruz a fines de 1966, a la edad de 11 años, procedente de los Estados Unidos. Mi padre, Chester Cole, era estadounidense, y había llegado a Bolivia en 1952 como miembro de una misión militar de cooperación entre los dos países, y en Santa Cruz conoció a mi madre, Victoria Bowles Melgar (a quien todo el mundo conocía como “Nena”). Ellos se casaron en 1954, y al poco tiempo a él lo destinaron a otro lugar, por lo que se fueron de Bolivia y por eso fue que mis hermanos y yo nacimos “por allá”.

Infortunadamente, el matrimonio de mis padres acabó en divorcio, y debido a esto mi madre se regresó con nosotros a Bolivia en el año mencionado. La ciudad que conocí entonces era muy atrasada, en muchos sentidos. Todas las calles eran de tierra, y las únicas calles enlosetadas eran las cuatro calles que bordeaban la Plaza 24 de Septiembre. (También estaba asfaltado lo que se conoce ahora como el Segundo Anillo, y que en ese

entonces le decían simplemente “La Circunvalación”). Por supuesto que las calles de la ciudad – que se convertían en tremendos lodazales cada vez que llovía – no eran aptas para automóviles, y las únicas movi­lidades que circulaban, aparte de camiones grandes y autobuses colectivos, eran jeeps y camionetas del tipo “pickup”. Todos los taxis, por ejemplo, eran jeeps (y según recuerdo, las marcas más populares eran los “Land Cruiser” de Toyota y las Nissan “Patrol”).

Recuerdo que en ese tiempo aún pasaban leñateros en carretones de bueyes, vendiendo leña de casa en casa. En muchas casas ya se cocinaba en estufas de kerosén (aún no habían aparecido las famosas “garrafas” de gas), pero muchísima gente seguía cocinando con leña. También recuerdo el lechero que llegaba todos los días a la casa, montado en su caballo.

Todo eso empezó a cambiar en 1969, cuando se iniciaron los trabajos de alcantarillado y enlosetado. Fue un trabajo realmente colosal, especialmente el alcantarillado, pero para 1971 ya estaba enlosetado todo lo que se conoce ahora como el Casco Viejo. Eso cambió todo, y los carretones de antaño desaparecieron para siempre.

III

En el año 1967, cuando inicié mis estudios en el Colegio La Salle, me tocó entrar al sexto de primaria. Los primeros dos años mi madre pagaba para que fuéramos en la “góndola”, que así les llamaban a los buses que tenía el colegio. Uno de ellos era manejado por el Hermano Gracián, quien tenía fama de ser muy severo. (Yo creo que esto era más que todo porque tenía unas cejas muy grandes que le daban un aspecto bastante feroz.) La otra góndola era manejada por Don Oscar, quien no era hermano lasallista, pero los muchachos se referían a él, jocosamente, como el “Hermano Oscar”. Ya después mi madre nos daba unas monedas para que nos fuéramos en taxi. Se juntaban chicos en la Plaza, y cuando se llenaba un taxi partía, y entre los siete u ocho pasajeros pagaban el costo de la carrera. Y algunos años después, cuando ya era adolescente, prefería levantarme más temprano e irme caminando, ahorrando así el costo del transporte para dedicarlo a otros usos.

Tengo muy gratos recuerdos de los siete años que pasé en La Salle. En general los hermanos-profesores y los maestros laicos fueron muy buenos, y con el tiempo llegué a

apreciar la buena educación que recibimos en esas aulas. Uno de los mejores maestros que tuve fue el Hermano Germán, quien nos enseñó álgebra. Era un excelente profesor, y lo que aprendí con él me sigue siendo de utilidad hasta el día de hoy.¹

No tengo anécdotas muy particulares para compartir de la experiencia lasallista (aparte de mencionar que con los compañeros de curso llegué a forjar amistades muy estrechas que perduran hasta el día de hoy), pero una cosa que sí recuerdo muy vívidamente fue el día que mataron al famoso guerrillero cubano-argentino, Che Guevara. Fue el 9 de octubre de 1967, que fue un lunes, y por tanto un día de clases normal. Estábamos en medio de una clase cuando de repente se escuchó un ruido fuerte de aviones que pasaban en vuelos rasantes sobre la ciudad, y todos salimos corriendo a los pasillos a ver qué pasaba. Presenciamos entonces un espectáculo improvisado de acrobacias aéreas por parte de los pilotos del Colegio Militar de Aviación del Trompillo. En algún momento alguien gritó: “¡Murió el Che!”, y no sé cómo podría saberlo quien lo dijo, pero todos supimos en ese instante que era verdad, y que esa era la razón de la gran celebración.

Un aspecto de mi experiencia lasallista que sí debo resaltar fue mi participación como miembro de la banda del colegio. Fue muy importante, tanto para mí como para mis hermanos, todos los cuales fueron integrantes de la banda (y Victor, mi hermano menor, desde muy temprana edad, ya que siendo un niño pequeño desfilaba como mascota de la banda, junto al “guaripolero” – después, cuando fue más grande, fue trompetista, junto con mi hermano Ferdy²). Muchos de los compañeros del curso fueron también integrantes de la banda – Lalo Chávez, Jaime Unzueta, Fernando Yavarí, Jorge Burgoa, Carlos Sandóval, Jorge Baddour, Jorge Exeni, Hebert Montaña, Pablo Mansilla y Juan Carlos Villagómez, de los que recuerdo – y creo que todos coincidirán que fue una experiencia muy grata y formativa, además de que ser miembro de la banda era algo que daba mucho prestigio (y el hecho de tener garantizado el 7 en la clase Música era un incentivo nada despreciable).

¹ Muchos años después descubrí que su verdadero nombre era Avelino Gutiérrez. Al igual que muchos de los hermanos lasallistas que llegaron procedentes de España en esa época, él después se retiró de la orden, se quedó viviendo en Santa Cruz como laico, y eventualmente estudió la carrera de auditoría. Llegó a ser profesor de la UAGRM, e incluso fuimos brevemente colegas ahí a principios de los años ochenta.

² Mi hermano Chester también participó, pero por menos tiempo, porque él se regresó a los Estados Unidos en 1972 (estando todavía en 2º Medio), para vivir con mi familia paterna.

IV

No había por supuesto celulares en ese tiempo, aunque sí había teléfonos fijos en muchas casas.³ Tampoco había TV, y los jóvenes de ahora han de pensar que, sin la facilidad de las comunicaciones actuales, la gente se aburría mucho. Todo lo contrario. Se escuchaba mucha radio en ese tiempo, y recuerdo que todo el mundo vivía pendiente de las radionovelas. Una muy popular era “Chucho el roto” y otra era “Kalimán”. También había novelas sentimentales y románticas que eran más del gusto de mi madre y mi abuela – una famosa que escuchaban ellas se llamaba “Camino de espinas”. La gente también iba mucho al cine, mucho más que ahora. Las películas llegaban muy atrasadas, a veces hasta dos años después de su estreno mundial, y muchos de los cines no eran muy elegantes, pero eran muy baratos y los domingos las matinées del Cine Victoria siempre ofrecían películas italianas de pistoleros, que eran mis preferidas.⁴

Yo también leía mucho, más que nada novelas de aventuras, tanto en inglés como en español. Algo que probablemente fomentó mi afición por los libros fue el hecho de que mi abuelo, Julio Bowles, había dejado una librería que entonces manejaba mi abuela Delicia, y yo me distraía mucho ojeando los libros que teníamos a la venta. Por un tiempo también me dediqué a leer una gran colección de la revista “Selecciones” que perteneció al abuelo. Me pasaba tardes enteras leyendo esas revistas viejas y puedo decir que, gracias a esa colección, para cuando tuve unos 14-15 años de edad yo ya estaba muy bien informado sobre lo que estaba pasando en el mundo.

Una institución que tuvo un papel importante en mi vida en esa época fue el Centro Boliviano-Americano (CBA), no por las clases de inglés que impartían, ya que esto no me hacía falta, sino por la buena biblioteca que tenía, principalmente de libros en inglés, y el hecho de que prestaban los libros para que uno los pudiera leer en casa. De hecho, creo que era la única biblioteca pública que existía en Santa Cruz en ese tiempo, y muchos fueron los libros a los que tuve acceso en ese tiempo, libros que de otro modo no hubiera podido conocer (y mucho menos leer).

³ Todos los números telefónicos eran de cuatro dígitos, y ninguno empezaba con un número mayor a 4, al menos en los primeros años, lo que me dice que quizá no había más de 5,000 teléfonos en toda la ciudad. Esto se podría verificar consultando alguna guía de COTAS de la época.

⁴ Mejor película “western” de todos los tiempos: “Lo Bueno, lo Malo y lo Feo”.

Posiblemente muchos de mis contemporáneos no leían tantos libros como yo, pero lo que sí todo el mundo leía en ese tiempo eran las revistas de historietas tipo “comic”. Había una gran cultura del comic en ese tiempo, y había revistas para todo gusto, desde historietas de los personajes de Disney (Mickey, Donald y sus respectivas parejas y sobrinos), “Tom y Jerry”, las series de “Archie”, hasta las de “Superman”, “Batman” y todos los personajes de DC Comics. También había una serie dedicada a historias de guerra llamada “Trinchera”, que venía de Chile (eran mis revistas favoritas). De Chile también venía “Condorito”, y de México unas revistas que narraban las aventuras de un negrito travieso llamado “Memín Pinguín”. De Argentina venían unas revistas grandes – “El Tony” y “D’Artagnan” eran las más conocidas – que contenían muchas historias en un solo libro, y de allá también venían las historias del alocado “Isidoro Cañones” y su amigo “Patoruzú”.

Un aspecto interesante de la cultura del comic de ese tiempo es que no se necesitaba realmente mucho dinero para que uno pudiera estar al día con sus revistas favoritas, ya que existían negocios que hacían canje de revistas por poco precio. Estos lugares tenían un volumen de negocio impresionante (siempre estaban llenos) y sospecho que han de haber sido bastante rentables. En algún momento todo eso desapareció sin dejar rastro.

Cuando ya fuimos más grandecitos, había una gran cultura de bailes: por un lado los frecuentes quinceañeros (a los que a veces nos metíamos de “paracaidistas”), pero también los famosos “dancings” de La Pascana y del Caballito. Y eso era todo el año ... ¡ya ni se diga en la época del Carnaval! Tengo la sensación de que en ese tiempo se bailaba mucho – mucho más que ahora. Eso también ha desaparecido.⁵

El espacio queda corto para registrar en detalle el aluvión de imágenes que invaden mi mente al recordar esos tiempos: las “vueltas” a la plaza los domingos por la noche, el Loco Bazán que se asomaba por la librería de cuando en cuando para comprar papeles de colores (y que todos los días almorzaba en la Sociedad 12 de Octubre, justo al frente de nuestra casa en la Calle Charcas), el “avión pirata”, los álbumes de estampas que

⁵ Otra cosa que pienso que ha desaparecido es la cultura de la serenata. En ese tiempo se esperaba que un “cortejo” le llevara serenata a su “corteja”, preferiblemente que cantara él mismo, pero si no tenía las dotes necesarias entonces era aceptable llevar a algunos amigos que hicieran el favor. En nuestro grupo era considerado un lujo poder llevar a Lalo Chávez para que le cantara a su corteja de uno.

coleccionábamos con avidez (y que casi nunca lográbamos completar), la Casa Hércules, las vacaciones en Orialsa (donde me ganaba mis pesos trabajando como “matasepes” y donde aprendí cómo es la vida en el campo), melenas y pantalones acampanados ... Tantas vivencias, tantos recuerdos.

Pero la infancia se acaba, y la adolescencia también. En octubre de 1973 desfilamos con nuestras madres en el Cine Santa Cruz, y con nuestras madrinas en el Club Social, y nos presentamos al mundo como flamantes bachilleres.

Y la vida nunca volvió a ser la misma.

V

Muchos se quedaron en Bolivia para realizar sus estudios universitarios, pero muchos nos fuimos al extranjero, y por azares del destino a mí me tocó estudiar en Guatemala, en una pequeña universidad privada llamada Universidad Francisco Marroquín. Actualmente es una institución de bastante prestigio en Centroamérica – cuenta con más de 3,000 estudiantes – pero cuando yo entré, en 1974, apenas tenía dos años de funcionamiento, y con sólo 120 estudiantes en total se perfilaba como un proyecto bastante precario.

Pero el fundador, Don Manuel Ayau, era un hombre muy tenaz y de gran visión, y contra todo pronóstico logró llevar adelante el proyecto y con mucho éxito. Ingeniero de formación pero economista de vocación, Don Manuel estaba muy influido por las ideas de un economista austríaco llamado Ludwig von Mises, gran defensor del mercado libre. Debido a esto, además de una excelente preparación profesional como economista, obtuve de la UFM también una buena formación en los principios de la economía de mercado, al estudiar las obras de grandes economistas liberales como Adam Smith, Friedrich von Hayek, Milton Friedman y el propio Mises, economistas que en ese tiempo – mediados de los setentas – no se estudiaban usualmente en la mayoría de las facultades de economía, e incluso muchas veces eran mal vistos.⁶ El enfoque que aprendí en las aulas de la UFM me fue muy útil para interpretar y entender los descabros económicos que ocurrieron, no sólo

⁶ En ese tiempo dominaba la profesión lo que se conoce ahora como la ortodoxia keynesiana – y en muchos países latinoamericanos lo que se enseñaba era marxismo puro y duro – mientras que los economistas liberales éramos una pequeña minoría. Esto ha cambiado desde entonces.

en Bolivia sino en toda Latinoamérica, durante los años ochenta.

Me gradué como economista en 1978, e inicialmente me quedé un tiempo en Guatemala, dando clases en mi “alma mater”, pero en 1980 me fui a la Universidad de Rochester, en Estados Unidos, para hacer estudios de posgrado, siempre en economía. En 1981 decidí regresar a Bolivia, y encontré un país muy distinto del que me fui a fines de 1973.⁷ Nuestros últimos años de colegio fueron de una gran bonanza económica en Bolivia, especialmente en Santa Cruz, y esta prosperidad continuó durante el resto de la década de los setentas. Pero empezando en 1978 Bolivia entró en un período de gran inestabilidad política, con una sucesión de golpes de estado y gobiernos militares que duraban muy poco, y esto coincidió con una recesión económica cada vez más pronunciada.

Al llegar a Bolivia, en 1981, casi inmediatamente conseguí un buen trabajo en la sucursal Santa Cruz del Bank of America, y desde ahí tuve un lugar privilegiado para observar el deterioro progresivo de “la situación”, como se decía. Al principio esto no afectó mayormente mi vida personal, que más bien se pintaba color de rosa. Me enamoré de mi prima, Gina Vaca Díez Bowles, y ese mismo año nos casamos y el año entrante nació nuestro hijo Joseph. (Sobre esto tengo una anécdota que compartir con mis compañeros lasallistas. Resulta que el día que nació Joseph, yo estaba regresando del hospital camino a mi trabajo en el banco – a pie, porque no tenía movilidad y en todo caso quedaba muy cerca – y en la esquina de la Caja Petrolera me topé nada menos que con Carlos Sandóval, quien regresaba – a pie también – de una noche de juerga acompañado por Chacho Viruez, un amigo mutuo no-lasallista. Ellos fueron las primeras personas a quienes conté que me acababa de convertir en papá. Y lo más interesante del caso es que algunos años después Carlitos se convirtió en mi pariente, al casarse con mi cuñada, Gringa Vaca Díez. Realmente es chico el mundo.⁸)

⁷ Durante el tiempo que estuve en Guatemala hice algunas visitas al terruño, pero sólo en calidad de vacaciones cortas.

⁸ Carlitos era un gran amigo y un gran ser humano, y su súbita e inesperada muerte, el año 2021, nos afectó muchísimo. Las palabras me fallan en estas ocasiones, pero mi hijo Joseph escribió unas palabras muy lindas en su memoria, las cuales comparto a continuación:

TÍO CARLOS SABE MUCHAS COSAS

“Tío Carlos, ¿usted conoce Guatemala?”

“No, pero estuve en México, en Yucatán. Eso queda cerca de Guatemala. Debe ser parecido.

VI

“La situación” se fue complicando cada vez más, y a fines de 1982 el Bank of America decidió retirarse de Bolivia y yo me quedé sin trabajo. Conseguí, sin embargo, otro trabajo en el Ingenio La Bélgica, por lo que mi situación personal no se vio negativamente afectada.⁹ Pero en Bolivia empezó una crisis monetaria que culminó en la gran

Ahí también tocan la marimba”.

“Entonces sí se parece. ¿Ahí también comen tortillas?”

[entre carcajadas] “Sí, comen tortillas”.

“A ver, ¿y cómo le dicen en Yucatán a la palta?”

“Aguacate”.

“¡En Guatemala también!” ... “Tío Carlos sabe muchas cosas”, pensé.

Tío Carlos me llevó a mi primera campaña política. Después de un día entero de caminar de un lado para el otro, exhausto y con los pies adoloridos, pensé que qué cosa más absurda era esto de la política. ¿Por qué lo hacíamos? Pero llegó la tarde-noche y una multitud se congregó para ver y escuchar a Jerjes. No recuerdo una sola palabra del discurso, pero sí su voz estruendosa, magnética; y cientos de caras brillantes, camisas transpiradas, miradas atentas, asintiendo en silencio. Jerjes acabó su discurso y comenzó la fiesta. Cambas y collas bailando, abrazándose. Una comunión de sonrisas, cientos de sonrisas. Todos bailando el mismo taquirari. Todos saboreando el mismo pollo con arroz y yuca frita. Era imposible seguir malhumorado. En ese momento entendí de qué se trataba todo esto. No se trataba de ganar. No se trataba, siquiera, del mensaje de Jerjes. (Porque, además, ¡hasta un niño sabía que Condepa nunca ganaría!) Se trataba de sentirse uno con los cruceños, de sentirse uno con los bolivianos. Se trataba, pues, de tener conciencia de patria.

Tío Carlos decía que los soldados bolivianos eran excelentes soldados, y que hasta los alemanes se quedaban admirados de lo buenos que eran. “¿Eran mejores que los paraguayos?”

“Eran”.

“¿Y entonces por qué perdimos?”

“Porque a Bolivia el Chaco le quedaba muy lejos”.

“¿Y a los paraguayos les quedaba más cerca?”

“Sí”.

Esa noche me acosté pensando: “Nos quedó muy lejos el Chaco y por eso lo perdimos. Carajo, qué mala suerte. ¿Será que el mar también queda más cerca de Chile que de Bolivia? Le voy a preguntar a Tío Carlos. Tío Carlos sabe muchas cosas.”

Me ha costado escribir estas líneas. Buscando la palabra apropiada a veces cierro los ojos para concentrarme, pero al cerrarlos mi mente se llena de imágenes y sensaciones: una bicicleta roja, niños y niñas chapoteando en la piscina del Hípico, el calor insufrible de Santa Cruz, un cuñapé. Luego oscuridad. Y dolor. Pero de la oscuridad aparece una sonrisa. Y de la sonrisa sale un rostro con una mirada amable. Es el rostro de un hombre bueno. Es Tío Carlos, quien sin decir una palabra, me anima a seguir escribiendo.

Cómo no le dije todo esto en persona. Dejé que el tiempo y la distancia lo alejaran, como a los recuerdos de mi infancia feliz, y perdí la oportunidad de agradecerle. Perdón, Tío. Ahora no me queda más que escribir estas palabras al viento, y decirle, aunque ya no me pueda escuchar: ¡Hasta siempre querido Tío, y gracias por todo!

⁹ Estando en La Bélgica me tocó una vez visitar las instalaciones del ingenio rival, San Aurelio, y ahí me topé con Oscar Sanjinés, quien entonces trabajaba ahí como jefe de trapiche. Su esposa

hiperinflación de 1985. El gobierno, agotadas todas sus posibilidades de mayor endeudamiento externo (que fue lo que mantuvo a flote la economía por varios años), recurrió a la emisión de billetes para financiar su gasto – la famosa “maquinita” –, lo que por supuesto no solucionaba nada y más bien empeoraba las cosas.

Yo miraba todo esto con mucha preocupación, pero también con cierto grado de fascinación, ya que estaba observando de cerca un fenómeno del cual hasta entonces sólo había leído en libros de texto. Durante mis estudios me impresionó mucho leer, por ejemplo, acerca de la gran inflación alemana que ocurrió después de la Primera Guerra Mundial, y nunca pensé entonces que pocos años después yo habría de experimentar, “en carne propia” como quien dice, exactamente lo mismo. Y las cosas sucedieron exactamente como las había estudiado. No había ningún misterio, pero a pesar de eso me impresionaba que poquísimas personas parecían entender lo que estaba pasando.

Las cosas no mejoraban, y más bien el país se empobrecía cada vez más, hasta que en 1984 tomé la decisión de regresar a Guatemala con mi pequeña familia. Logré que la UFM me contratara como profesor, pero en el primer año (1985) sólo estuve como profesor “visitante” por un semestre, por lo que durante la segunda mitad de ese año estuvimos de regreso en Bolivia, y pude presenciar de primera mano el famoso Decreto 21060, por medio del cual se logró acabar con la inflación y se sentaron las bases para la recuperación económica que se dio en años subsiguientes.

Yo observaba la situación en Bolivia desde dos perspectivas: por un lado como sujeto participante de los vaivenes a que nos vimos sometidos, y por otro lado como analista imparcial, interpretando los eventos a la luz de las teorías económicas que estudié durante mi formación universitaria. En este segundo rol, decidí escribir un par de artículos para el “Wall Street Journal”, conocido diario financiero neoyorquino: el primero, pre-21060, describiendo la situación general en Bolivia, cuando aún no se tenía ni idea de cuándo podría finalizar la crisis, y el segundo, post-21060, explicando las medidas implementadas y sus efectos.¹⁰ Creo que estos artículos contribuyeron, en alguna pequeña

también trabajaba en San Aurelio en el área administrativa. Me dio mucho gusto poder conversar con él en esa oportunidad, diez años después de nuestra promoción, y me apenó mucho saber de su fallecimiento en el 2020, una de las primeras víctimas de la pandemia de Covid-19.

¹⁰ Los artículos se publicaron el 19 de julio y el 25 de octubre de 1985, respectivamente. El DS 21060 se anunció el 29 de agosto de ese año.

medida, a una mejor comprensión, en el exterior, de lo que estaba pasando en Bolivia. También sirvieron para posicionar mi “marca” personal como analista económico, más que todo con las autoridades de la UFM.¹¹

VII

En enero de 1986 volvimos a Guatemala, y básicamente ahí nos quedamos y ahí desarrollé mi carrera profesional y académica. Intentamos regresar a vivir en Bolivia en dos ocasiones, una vez por un año (en 1991) y una vez por dos años (1997-1998). En ambas ocasiones la reinserción profesional, luego de muchos años de ausencia, fue difícil y siempre terminamos regresando a Guatemala, que ahora es nuestro hogar.

Pero la experiencia de vivir aunque sea poco tiempo en Bolivia en esos años fue positiva en muchos sentidos. Me alegro, por ejemplo, de que mis hijos tuvieron la oportunidad de conocer de primera mano su “segunda patria” (mi hijo Joseph por supuesto es boliviano de nacimiento, aunque prácticamente se ha criado como guatemalteco, pero mi hija Ruby nació en Guatemala, en 1987, y por tanto es 100 % “chapina”). Especialmente de que pudieran conocer de cerca y convivir con su parentela cruceña.

También pude mantener el contacto con viejos amigos de la época del colegio, y establecer amistadas duraderas con varios economistas bolivianos de primera (entre ellos, Marco Antonio del Río y Gustavo Prado). También establecí lazos institucionales con la Universidad Privada de Santa Cruz (UPSA), en la cual fui profesor en esos dos períodos (1991 y 1997-1998) y con la cual sigo manteniendo contactos hasta el día de hoy.¹²

En estas idas y venidas hemos sido testigos de los notables cambios que han ocurrido en Santa Cruz durante las últimas décadas. Cuando uno vive en un lugar, los

¹¹ Debería agregar que los pagos que recibí por esos artículos – \$400 por cada uno, \$800 en total (que en dólares de hoy equivaldrían a más de \$2,000) – fueron un verdadero “salvavidas” en esos meses en que prácticamente todos vivíamos en condiciones muy precarias y los únicos que tenían plata de sobra eran los narcos.

¹² De hecho, yo fui uno de los primeros profesores de la UPSA, ya que también di clases ahí en ese segundo semestre de 1985, cuando estaba recién iniciada y operando desde su primer campus en el edificio que alquilaban sobre la Calle España. Actualmente sigo colaborando ocasionalmente con la UPSA por medio de clases virtuales. Mantener el contacto con esta universidad cruceña es mi modesta forma de “hacer patria”.

cambios son tan paulatinos que a veces ni se notan, pero cuando uno regresa cada cierto tiempo, los cambios acumulados se aprecian “de golpe y porrazo” y el efecto es tremendo.

El cambio más notorio, por supuesto, es el simple crecimiento numérico. De aproximadamente 250,000 habitantes que tenía el municipio de Santa Cruz de la Sierra según el censo de 1976, actualmente lo que se conoce como el Área Metropolitana de Santa Cruz (que incluye ahora Warnes, Cotoca, Porongo, La Guardia y El Torno) ya sobrepasa los 2.4 millones. Por supuesto que hay muchísimos sectores de esta nueva gran urbe que no conozco, pero incluso a veces es difícil *reconocer* las partes que sí conozco. Recuerdo que en una época decían que el suelo de Santa Cruz no se prestaba para construir edificios muy altos, y la construcción del Edificio Santa Cruz, de diez pisos, se consideró en su momento como una gran hazaña. Ahora hay edificios altísimos por todas partes, y se siguen construyendo más. El tráfico ahora también es algo impresionante – nada que ver con las calles de antes, donde el tráfico era tan infrecuente que hasta se podía jugar pelota en ellas. La actividad económica febril que se observa hoy en día es otro gran cambio.

VIII

Mi reacción personal frente a todos estos cambios es ambivalente. El progreso ha sido real, no se puede negar, y sin duda que ha traído beneficios, pero también hay costos asociados con este proceso, y tampoco se puede negar que algo valioso se ha perdido. Siento una profunda nostalgia por la ciudad pequeña que conocí en mi infancia y adolescencia, y presiento que muchos de mis contemporáneos tendrán sentimientos análogos.

Esta sensación de nostalgia sin duda tiene mucho que ver con la alteración del paisaje físico y cultural de la ciudad. Los barrios antiguos han sido reemplazados por imponentes rascacielos, centros comerciales, cemento y más cemento, y una mancha urbana cada vez más extensa. Esto provoca una sensación de pérdida de la identidad histórica, donde las calles que alguna vez estuvieron llenas de tiendas familiares y rincones tranquilos han dado paso a una existencia más anónima y acelerada.

Creo que esto es un fenómeno psicológico y sociológico muy común. Los recuerdos asociados con el estado anterior de una ciudad que ha cambiado muchas veces evocan un sentido de pertenencia y conexión, y las personas que han sido testigos del desarrollo desde

su inicio recuerdan los días cuando todos conocían los nombres de sus vecinos y una historia compartida los unía. Con la afluencia de recién llegados y la diversificación de los estilos de vida, estos sentimientos nostálgicos se intensifican y surge la percepción de una comunidad fragmentada. Estos sentimientos también reflejan un anhelo por la simplicidad y la autenticidad que existía antes de la llegada de la tecnología, el consumismo masivo y el corre-corre de la vida urbana: sentimos añoranza por los días en que el ritmo de vida era más lento, menos frenético. Esto se nota especialmente entre la generación mayor (mi generación, ¿quién iba a pensar que llegaría el día?).

El poema con el que abrí este ensayo refleja bastante bien estos sentimientos, pero pienso que en el caso de Santa Cruz quien mejor lo expresó fue la gran cantante cruceña, Gladys Moreno, en una hermosa canción titulada “Santa Cruz de ayer”. Una estrofa en particular me afecta en lo más profundo siempre que la escucho o la recuerdo:

*¿Donde está el cantor?
¿Qué fue de su voz?
Santa Cruz de ayer ...
¡Cómo te han cambiao! ...*

Gladys Moreno era de la generación de mi madre, y estos versos son de hace unos 40 años, pero ya entonces ella sentía esta gran tristeza que he descrito aquí. Ya podemos imaginar lo que hubiera pensado hoy en día sobre nuestra querida Santa Cruz.

Por otro lado, esta nostalgia también refleja la naturaleza selectiva de la memoria. Las personas tienden siempre a recordar los aspectos positivos del pasado, y se olvidan de las dificultades que planteaba la vida en una sociedad atrasada y pobre. Pero este anhelo de una existencia más simple, más conectada y más auténtica no implica necesariamente un rechazo al progreso o al cambio, aunque sí nos sirve como un recordatorio de la importancia de preservar la identidad histórica frente al avance implacable de la modernidad. En última instancia, todos tenemos necesidad de un sentido de pertenencia, de sentirnos parte de algo, y de estar unidos y conectados por las historias que nos definen.